

yendo el título se hubiera podido pensar que ésta era la antología que faltaba, pero el vacío que pretende llenar sigue existiendo. Al cerrar el libro queda la impresión de que el responsable de la edición, en vez de haber oficiado de celestino entre los escritores y el público, simplemente ha llevado a cabo un acto de onanismo académico.

CARLOS SOLER

Contribución insoslayable

Antología del cuento caribeño

Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu (compiladores)
Fondo de Publicaciones de la
Universidad del Magdalena, Bogotá,
2003, 531 págs.

El cuento ha sido uno de los géneros más productivos de la literatura del Caribe colombiano (y de la literatura colombiana, en general), pero también uno de los menos estudiados. Si exceptuamos una entrevista de Roberto Montes Mathieu a Eduardo Pachón Padilla, publicada en *El Heraldo*, de Barranquilla, el 13 de diciembre de 1981, en la que se establece el inventario fundamental del género en la región, no existe un estudio panorámico que examine la aparición y la evolución del cuento literario, su diálogo con el entorno, con el cuento popular y con los otros géneros en la región, ni sus relaciones con el cuento nacional, el del Gran Caribe, el hispanoamericano y el universal. Tampoco existía una antología del género que abarcara la producción de toda la región, aunque sí algunas antologías por departamentos —Magdalena, Guajira y Cesar— o por ciudades —cuentos barranquilleros—.

Ese inmenso vacío viene a llenarlo la *Antología del cuento caribeño* de Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu, editada por la

Universidad del Magdalena, que incluye una presentación de Jairo Mercado (quien falleció antes de la salida a la luz pública de este libro) escrita por su hijo, Felipe Mercado; un sustancioso prólogo de Jairo Mercado, una selección de 65 cuentistas efectuada por Jairo Mercado y Roberto Montes Mathieu, una bibliografía básica de cuentos y la bibliografía consultada. Como algo extraño, resultante de las sinrazones del comercio, no figura Gabriel García Márquez. (No obstante, lo que una lectura a vuelo de pájaro pudiera percibir como una carencia o un defecto, por lo demás involuntario, se convierte, a la larga, en un mérito, al revelar, por un lado, la existencia de una tradición de contadores de cuentos anteriores a la irrupción sorprendente del gitano de Macondo, quienes, en cierto modo, explican su aparición, y, por el otro, la continuidad en el cultivo del género, pese a la gravitación paralizante de la sombra del éxito garciamarquiano en las vocaciones narrativas posteriores).

El prólogo, titulado “La cultura del cuento y el cuento de la cultura en el Caribe colombiano”, narra la historia de una cultura que contempla, como uno de sus ejes, el cuento, el relato oral, la palabra. Jairo Mercado, a semejanza del *griot* africano, memoria viva de la tribu, no hace más que contarnos el cuento de la cultura del Caribe desde sus comienzos con el desigual encuentro en el Gran Caribe entre los ávidos y ecuestres europeos equipados con sus armas de fuego y los pacíficos (pero no pendejos) taínos, pasando por el pérfido periplo de la Conquista con sus rapiñas, saqueos, destrucción, exterminio y la imposición de una nueva cultura, en un proceso que se continúa con la trata de esclavos, la Independencia y la República hasta llegar a nuestros días.

La impresión que me deja el referido prólogo es que en él integró Jairo Mercado todos sus oficios y saberes, sus dotes naturales de narrador, la creatividad de su lenguaje cadencioso y sugerente, sus destrezas de pedagogo, el rigor académ-

mico, la erudición de toda una vida de investigador y la reflexión y el buen gusto del crítico veterano, para legarnos lo que podría ser su obra magna. A diferencia de muchos escritores que, metidos a críticos, no atinan sino a dar pistas indirectas sobre su propia creación, en vez de iluminarnos la obra estudiada, Jairo Mercado sabe guardar las distancias y nos ilumina el proceso del cuento del Caribe colombiano, desde la perspectiva de la historia social del arte y la literatura. Apoyándose en un minucioso estudio de los contextos histórico, económico y social, Jairo Mercado construye amenos y significativos cuadros que pone a dialogar con las obras para revelarnos aportes temáticos y estilísticos y sus irradiaciones semánticas.



El ensayo consta de 41 apartados, en los que se va desplegando el proceso de la cultura del Caribe colombiano —la historia del poblamiento y del mestizaje, la fundación de ciudades y su desarrollo, el nacimiento de la conciencia regional y nacional y la ardua articulación de la región al país— como marco de la producción literaria. Este estudio se integra con la historia del cuento moderno desde su origen en el romanticismo europeo, siguiendo su aparición en Hispanoamérica y en Colombia, confundido, inicialmente, con los cuadros de costumbres, y logrando luego su propia identidad.

En su historia del cuento del Caribe colombiano, Jairo Mercado sitúa el comienzo del género en *El brujo*, texto a medio camino entre la crónica casi histórica, el folletín

decimonónico, el cuadro de costumbres y el cuento literario, incluido en las *Leyendas históricas* del general samario Luis Capella Toledo, en adelante, y postula, a partir de los rasgos temáticos y formales de los cuentos, la existencia de las siguientes promociones:

1, la de los años veinte, integrada por narradores marcados por el modernismo: Lydia Bolena, Víctor Manuel García Herreros, Gregorio Castañeda Aragón, Fernando de Andreis, Marzia de Lusignan.

2, la de los años cuarenta, cuentistas de la denuncia social: José Francisco Socarrás, Rafael Caneva Palomino, Alejandro Álvarez, Olga Salcedo de Medina, Néstor Madrid Malo, Manuel Zapata Olivella.

3, la de los años cincuenta, la renovación del Grupo de Barranquilla: José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez.

4, entre mediados de los años cincuenta y mediados de los sesenta, el cuento fantástico: Eduardo Arango Piñeres, Alfonso Bonilla Naar y Germán Espinosa. Los avatares de esta temática se extienden hasta decenios posteriores, en los que abarcan la magia cotidiana en Carlos Alemán, Joaquín Mattos, Gustavo Tatis, Alexis Zapata, Martiniano Acosta y Lenito Bent, pasando por Antonio Mora Vélez y su variante de la ciencia-ficción.

5, en los años setenta, el cuento de la violencia: José Ramón Mercado, Jairo Mercado, Álvaro Medina, Guillermo Tedio.

6, en los años ochenta, el cuento del desengaño revolucionario y la afirmación del cuerpo y del sexo: Roberto Burgos, Marvel Moreno, Jaime Manrique Ardila, José Luis Garcés, Julio Olaciregui, Antonio del Valle, Raimundo Gómez Cáceres, Joaquín Robles, Carmen Victoria Muñoz.

7, en los años noventa, el cuento festivo y humorístico, con antecedentes en Rosa Marrero e Indalecio Camacho: Ramón Illán Bacca, David Sánchez Juliao, Leopoldo Berdella, Pedro Badrán Padauí, Jaime Cabrera, Guillermo Henríquez, Francisco Pinaud, Erick Bossi, Mi-

guel Falquez, Freda Mosquera; y el cuento cotidiano: Carlos Flores, Andrés Flórez, Ledys Jiménez, John Jairo Junieles y Efraím Medina.

La división en promociones no es más que un principio ordenador que Jairo Mercado introduce para facilitar la comprensión y la discusión del proceso del género en la región del Caribe colombiano. La evidencia de que ningún cuentista queda confinado a una casilla única y, por el contrario, cabe cómodamente en diversos compartimientos, se pone de manifiesto en las conclusiones, en las cuales Jairo Mercado postula una serie de rasgos que cruzan las diversas promociones y confieren su singularidad al hombre y al cuento del Caribe colombiano: la oralidad, la visión carnavalesca, la estirpe popular de sus personajes y su lenguaje, la vocación testimonial, los vínculos con la música, el fatalismo, la tendencia al hedonismo, la irreverencia religiosa, el alarde sentimental, la desmesura imaginativa y el apego a la tierra nativa.



Múltiples son los méritos del prólogo. Destaco algunos: la bibliografía exhaustiva y funcional incorporada al texto como saber (no como terrorista adorno académico de pie de página), que comprende textos de cronistas de Indias, viajeros, sociólogos, economistas, filósofos, lingüistas, historiadores de la cultura, la sociedad y la literatura, los cuales funcionan a la manera de una galería de voces heterogéneas que le imprimen un gran dinamismo al relato, al mismo tiempo que ofrecen una visión múltiple de los hechos; la

cuidadosa y precisa presencia de fechas de nacimiento y muerte de los autores y de la publicación de las obras que apoyan la perspectiva histórica; el lenguaje ameno y transparente con su sostenido ritmo encantatorio que obliga a leer de una sentada el extenso y denso prólogo como otro cuento del libro; la perspectiva crítica, en ocasiones irónica, siempre elegante, que no se limita a situar las obras dentro de un proceso, sino que aventura juicios iluminadores de éstas; y la inclusión de once narradoras, reconocimiento a su presencia constante en el cuento caribeño desde sus comienzos con la guajira Priscilla Herrera de Núñez (no incluida en la antología, a lo mejor por la ambigüedad genérica de su texto, *Un asilo en la Goajira*, que algunos estudiosos han considerado como novela) hasta los tiempos recientes, con la escritura en la diáspora de Freda Mosquera.

Si bien podrían plantearse algunos desacuerdos con la antología, como el fijar en *El brujo* el inicio de la tradición cuentística del Caribe colombiano, hecho que olvida textos tan importantes como los de Manuel María Madieto, en especial *El contrabandista*; no obstante la exclusión inexplicable de algunos cuentistas como José Luis Hereyra, Ramón Molineros o Nelson Castillo, el número de autores incluidos es, a todas luces, excesivo y podría, con criterios más estrictos, suprimirse una "nómina paralela"; pese a las eternas *boutades* o provocaciones propias de toda antología respetable: en este caso, la inclusión, a modo de homenajes innecesarios e inoportunos, de Carlos Alemán y de Héctor Rojas Herazo (quien detestó siempre el género, por considerarlo el equivalente, en la narrativa, del soneto) al lado de cuentistas de oficio; aunque algunos cuentos seleccionados podrían sustituirse por otros mucho más representativos de sus autores; al puesto que como cuentista se ganó Jairo Mercado en las letras del Caribe colombiano y en las letras nacionales, hay que añadirle el de historiador y crítico literario.

Antología del cuento caribeño constituye una contribución insoslayable al conocimiento de la historia privada de la región y al enriquecimiento espiritual de sus habitantes, al mismo tiempo que proyecta un testimonio inevitablemente patético y revelador de la situación del Caribe colombiano (y del país, en general), región en la cual, como lo señala el epígrafe de Lewis Hanke, persisten los problemas sociales, económicos y raciales de la Conquista, de manera tal que ese lejano periodo de nuestra historia sigue siendo, "en el sentido más amplio, un pasado con vida". Hecho desgarrador que nos obliga a reflexionar, y a actuar.

ARIEL CASTILLO MIER

Prima el origen sobre la calidad

Antología del cuento caribeño

Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu (compiladores)
Fondo de Publicaciones de la
Universidad del Magdalena, Bogotá,
2003, 531 págs.

Sesenta y cinco cuentos conforman esta obra, precedida de un extenso prólogo monográfico de Jairo Mercado, que se ha publicado de manera póstuma. Se trata de una antología generosa, en donde, tomando como rasero los rasgos característicos del ser caribe colombiano, prima más la representatividad espacial, cronológica, cultural y literariamente tipológica que la excelencia de los trabajos. Esto no obstante la advertencia de los compiladores en el sentido de haber consultado más de 150 libros de autores individuales, además de un buen número de antologías y revistas pertinentes, siguiendo como "criterio superior de selección la calidad misma de los cuentos" (pág. 145).

Claro que, en general, se trata de buenos relatos; es decir, hechos con el rigor requerido, sin defectos for-

males de escritura, salvo alguno que otro debido más bien a la edición; pero, en justa proporción, 125 años de historia de nuestro cuento caribe, datados a partir de la publicación de las *Leyendas históricas* (1879) de Luis Capella Toledo, no justifican el número de historias y, sobre todo, de autores (también 65) seleccionados para una antología. Por eso, creo que el trabajo de Jairo Mercado y Roberto Montes Mathieu ha sido más que todo una reconstrucción arqueológica de la cuentística regional, lo cual es, a no dudar, un gran mérito.



Desde esta perspectiva analizo, entonces, algunos aspectos fundamentales. Primero, desde luego, está la ya citada monografía preliminar. Fundamental para entender tanto el trabajo en sí como la historia del Caribe colombiano a partir de ese marco imprescindible, aunque no lo parezca, que es el registro de la historia sentimental de los pueblos llevado a cabo por sus artistas, literatos, en este caso. En ella, bajo el título sugestivo de "La cultura del cuento y el cuento de la cultura en el Caribe colombiano", Mercado hace una reconstrucción del cuento caribeño tomando como referencia los avatares socioeconómicos y políticos de la región. Hitos como la génesis de las principales ciudades y pueblos del litoral, desde los que se perciben las particularidades de sus subregiones culturales, ilustran en gran medida su presente y la evolución de su género cuentístico.

Así, parece poco discutible que la actual hegemonía de Barranquilla en la región se relaciona con el hecho de haber permanecido ajena al

régimen de las castas coloniales, que sí se establecieron en urbes como Cartagena, Santa Marta y Mompox, desarrollándose, esta ciudad, más bien a costa del tránsito finisecular del XIX, mediante el que se transformó a empujones el país, pasando en general de una sociedad rural y conservadora a la sociedad pseudomoderna que es aún hoy. Del mismo modo, el rezago característico de Santa Marta pudiera tener sus antecedentes en la inclinación de esta ciudad por la causa real durante el periodo de la emancipación, mientras que el carácter emergente de los departamentos de Córdoba y Sucre, los cuales no terminan de integrarse al cosmopolitismo del siglo XXI, estaría en correspondencia con el hecho de que sus capitales se formaron y crecieron al rigor de la economía ganadera, heredada en gran parte del régimen colonial de haciendas, matizado luego por las migraciones de árabes y judíos.

De todo lo anterior los cuentos seleccionados por Mercado y Montes son un reflejo, pues, por ejemplo, la historia del escritor samario Luis Capella Toledo, con la que se abre la selección, expresa en su costumbrismo característico la situación aludida referente a la decisión de los samarios de alinearse al lado del poder español, incluyendo, de manera paradójica, a los indígenas de la subregión. Si, como expresa Mercado en el prólogo referido, con textos como éste, que forma parte de la obra ya citada de Capella, se da la carta de naturaleza del cuento caribe, es significativo que su autor sea originario de dicha ciudad, porque con este relato en particular se capta el conflicto entre la vieja y la nueva sociedad, representado en el modo de ser problemático de sus personajes. Esto porque, hablando de manera específica, su protagonista es un andaluz que reniega con su actitud libertaria de su país originario, en tanto que los indígenas y los criollos del Magdalena estarían traicionando la causa propia. El tema, por lo demás, de la indígena enamorada del español cautivo era un tópico ya reiterado en la época en que se